

**gabriel
guarda
o.s.b.**

ARMAS DE LA CIUDAD DE
DE SANCTA MARIA
DE VALDIVIA EN EL
REYNO DE CHILE



un río

y una ciudad de plata

itinerario histórico de valdivia

Portada original de la obra (1965).





Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

La colección *Patrimonio Institucional* de Ediciones
Universidad Austral de Chile, busca recuperar,
poner en valor y afecto la herencia
intelectual de autoras y autores ligados
a nuestra Universidad y cuyas
obras, de escasa visibilidad en
el presente, fueron y son un
aporte insustituible al
conocimiento y al
acervo cultural
del país.



Gabriel Guarda O.S.B.

Un Río y una Ciudad de Plata

Itinerario Histórico de Valdivia

Ediciones  UACH
Colección Patrimonio Institucional

Prefacio

Rodolfo Urbina Burgos

Esta primera edición en 500 ejemplares de

UN RÍO Y UNA CIUDAD DE PLATA
Itinerario Histórico de Valdivia

se terminó de imprimir en septiembre de 2017
en los talleres de Andros Impresores.

☎ (2) 25 556 282, www.androsimpresores.cl
para Ediciones Universidad Austral de Chile.

☎ (56-63) 2444338
www.edicionesuach.cl
Valdivia, Chile.

Dirección editorial

Yanko González Cangas.
Ana Traverso Münnich (s).

Cuidado de la edición

César Altermatt Venegas.

Maquetación

Silvia Valdés Fuentes.

Todos los derechos reservados.

Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos,
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile.

© Gabriel Guarda O.S.B.

© Del prefacio: Rodolfo Urbina, 2017.

RPI: 31.363

ISBN: 978-956-390-026-2

PRIMERA EDICIÓN:

Universidad Austral de Chile, 1965.

En la iconografía de esta guía contribuyeron: el catedrático don Jaime Eyzaguirre, don Roberto Montandón, jefe del Depto. de Microfilm de la Universidad de Chile y don Jorge Sanhueza, funcionario de la Biblioteca Central de la misma Universidad; la Sra. duquesa de Alba, en Madrid y el Sr. don Bernardino Maside, oficial mayor de la Universidad de Oviedo, España; la Sra. doña Carmen Barreda, directora del Museo Nacional de Arte de México, el licenciado don Antonio Arriaga, director del Museo Nacional de Historia del mismo país y el Sr. Maurice van de Maele, director del Museo Histórico y Arqueológico de la Universidad Austral de Chile. A todos ellos el autor testimonia su agradecimiento.

N. del E.: Para la presente reedición, la Editorial Universidad Austral de Chile agradece la colaboración de la Dirección Museológica de la misma casa de estudios para la digitalización de las imágenes y acceso a los originales conservados en sus archivos.



PROYECTO FINANCIADO POR
EL CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA Y LAS ARTES A TRAVÉS DEL
FONDO NACIONAL DE FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA,
CONVOCATORIA 2017.

Luego que los españoles pasaron a la otra banda del río, descubrieron un gran pedazo de tierra alta, como una loma, casi toda cercada de aquel río, donde tenían sus viviendas los naturales en razonables casas. Entraron los nuestros por esta loma y viéronla toda tan adornada de arboledas, sembrada a mano, que parecía un paraíso, así por la lindeza y orden con que están puestos los árboles, como por el río que va girando en redondo por aquella loma. En medio de esta tierra, está una larguísima carrera de cuatrocientos pasos donde los indios jugaban a la chueca, y entrando el gobernador por ella, siguiéndole los suyos, comenzó a pasar la carrera diciendo: «Aquí se fundará la ciudad de Valdivia...».

Pedro Mariño de Lobera (1528-1594)
Militar y cronista español

Contenido

Prefacio 9
por Rodolfo Urbina B.

Introducción 21

PRIMERA PARTE
La ciudad de Valdivia 23

El río 25
La ciudad de plata 33
La plaza 47
Los torreones 61
La isla Teja 65

SEGUNDA PARTE
Las fortificaciones 71

Los castillos 73
Mancera 83
Niebla 89
San Carlos 93
Amargos 99
Corral 101

Prefacio

Rodolfo Urbina Burgos
Academia Chilena de la Historia
Viña del Mar

Un río y una ciudad de plata. *Itinerario histórico de Valdivia*, de Gabriel Guarda O.S.B, fue publicado en su primera edición por la Universidad Austral de Chile en 1965, con 145 páginas. Se trata de una versión reducida que recoge en parte su *Historia de Valdivia, 1552-1952* (1953). Al parecer, el padre Gabriel quiso ofrecer a un público más vasto una síntesis de aquella obra que fuera publicada cuando todavía se firmaba Fernando Guarda Geywitz y daba los primeros pasos en la investigación histórica. Esta reedición que prologamos es una imagen histórica de la ciudad escrita en un estilo que invita a una lectura sin pausa, libre de toda nota complementaria, fuentes y apéndice bibliográfico que pudieran distraer al lector no especialista. Así lo entendemos.

Ha pasado medio siglo y hoy la misma Universidad Austral –a través de su recién fundada editorial– ha asumido la tarea de reeditar este libro que por magnífico ha quedado en el recuerdo de tantos lectores de Valdivia y del país. No deja de resultar llamativo que la primera edición haya salido a la luz cuando miradas las cosas desde la capital importaba muy poco la vida provinciana, y la historia local todavía no era objeto de estudio. Hoy, en cambio, el interés por los interiores del país es creciente y el conocimiento de las singularidades de pueblos y ciudades de esta larga y angosta faja de tierra ha significado importantes estudios creadores de nuevos estímulos.

Efectivamente, desde que el padre Gabriel comenzó a investigar sobre Valdivia y las numerosas obras que han salido de su pluma hasta hoy, ha significado que la historia local y regional haya alcanzado su punto más alto después de una vida dedicada al estudio de su ciudad natal, junto con importantes aportes a la historia del país. Quizás haya que reconocer una particularidad en el autor, pues cualquiera fuese el tema y cualquiera el lugar del hecho histórico que investiga, siempre se advierte su mirada sureña, su punto de referencia o el cristal con que mira, coteja y analiza. A veces creo ver una sensibilidad generacional por la historia local, porque las investigaciones y los libros publicados por Mateo Martinic Beros sobre Punta Arenas y Magallanes, incluso la Trapananda, han corrido en paralelo con las del padre Gabriel: Valdivia, su *hinterland*, incluso Chiloé.

En tantos años transcurridos desde que en 1953 escribiera la citada *Historia de Valdivia*, el autor no ha cesado de investigar y escribir hermosos libros de bellas ediciones, que en conjunto constituyen una galería de obras de primer nivel, producto de su fructífera labor archivística en aspectos que abarcan la historia urbana, arquitectura, genealogía, arquitectura militar, sociedad, cultura, economía, en fin, su tema más caro: la Iglesia.

Por eso resulta difícil prologar *Un río y una ciudad de plata* en esta reedición de 2017, sin considerar la larga trayectoria del padre Gabriel, que en los sucesivos libros y artículos ha terminado por pintar con los más vivos colores la ciudad y la región. Este proemio lo hago, pues, a la luz de sus investigaciones anteriores y posteriores a 1965 y que preceden a su vez a esta segunda edición de la presente obra. Allí están *Valdivia, una ciudad del siglo XVI, 1552-1604: urbanística res pública, economía y sociedad* (1993). En el contexto colonial del país, ha contribuido con *La ciudad chilena del siglo XVIII* (1968), *Historia urbana del reino de Chile* (1978), incluso un trabajo ensayístico más breve y señero, *Tres reflexiones en torno a la fundación de la ciudad indiana* (1975).

Traza urbana regular, plazas mayores, edificios, templos, etc., no son las únicas temáticas que contienen sus centenares de libros, pero sí se reconoce su enorme competencia en las materias urbanísticas, ideas y conceptos sobre la ciudad en América española. Un ejemplo de esto es

su ya clásico estudio *Santo Tomás de Aquino y las fuentes del urbanismo indiano* (1965) que ilumina el contenido de las Instrucciones de Felipe II, de 1573, recogidas a su vez en la Recopilación de Leyes de Indias, de 1680. Sobre el asentamiento urbano en la etapa de conquista, el padre Gabriel publicó *El urbanismo imperial y las primitivas ciudades de Chile* (1957). Elección del sitio con buenas entradas y salidas, agua corriente, terreno llano, buenos pastos, montes, buenos aires, etc., y el ya consolidado damero, plaza pública y defensa. La ciudad así concebida se entendía como modelo urbano civilizatorio en un medio geográfico dominado hasta entonces por el caos y los malos espíritus. El orden geométrico de la traza urbana y su alzada debían despertar la admiración de los nuevos súbditos indígenas. Era la esperanza de la Corona y tarea principalísima de la Iglesia en concentrar a los indios en pueblos formales en estricta separación residencial de los españoles.

Aunque la ciudad de Valdivia no siguió del todo el modelo de parilla o damero, llamado también modelo clásico, el padre Gabriel celebra que no haya sido así, pues consigue apartarse de la monotonía de las ciudades formadas por «calles rectas tiradas a regla y cordel en cuadradas en cuadro». Valora, en cambio, su espectacular emplazamiento en medio de un paisaje de celestial hermosura. Los numerosos ríos que nacen en el *piedmont* andino confluyen en la ciudad dando origen a variedad de ecosistemas y escenarios geográficos *in flumine nata* que tocan los sentidos y despiertan en el autor un sentimiento de admiración y afecto para con su tierra natal.

Una ciudad, un río que es un poema, único en el mundo, como diría un cronista del siglo XVI, y un denso y bello bosque que jalona sus orillas y recuerda las florestas de ensueño de los cuentos bucólicos del Renacimiento. Es el marco geográfico de esta ciudad que tiene en él su sello distintivo entre todas sus congéneres chilenas. El río –los ríos– y el bosque siempreverde representan el entorno más cautivante y deleitable de esta *ciudad de plata*.

El río Valdivia, que los naturales llamaban *Ainil*, se nutre de las aguas del Calle Calle y Cau Cau. No es como los demás de Chile. Es navegable. En los orígenes de la ciudad los surcaban galeones que entraban y salían, cientos de piraguas indias llegaban por el río por sus comercios. El

panorama de aquellos años fundacionales debió ser de gran atractivo. Por este río circuló la vida, y por él remontó al oriente Ignacio Pinuer y su gente en el siglo XVIII en busca de la movediza ciudad de los Césares que se suponía en el lago Ranco. El padre Gabriel incluye mitos, creencias y leyendas asociadas al río: el oro arrojado al fondo por los naturales durante la gran rebelión, o la campana de oro que todavía creen los valdivianos repica por las noches.

Mirada la ciudad moderna desde cierta perspectiva trae a la memoria los pueblos y ciudades a la vera del Rhin o del Elba, y quizá esta panorámica haya sido la atracción que sintieron los primeros alemanes para asentarse en Valdivia poco antes del masivo flujo inmigratorio. La belleza escénica de la ciudad actual presidida por su nueva catedral de aguda torre muy germánica diseñada por el padre arquitecto Gabriel Guarda O.S.B., armoniza con la historia del alzado urbano de Valdivia del siglo XIX y principios del XX.

Un río y una ciudad de plata es obra de un historiador que en este caso se distingue también como competente escritor, ágil y ameno, que enriquece un tanto el formal estilo que le conocemos. Aquí suelta la pluma y se da licencias para ennoblecer y enaltecer de modo atractivo su vital morada. El título mismo invita a la lectura y trae a la memoria alguna novela inglesa del siglo XIX, pues se me figura rótulo propio de la rubia Albión. El padre Gabriel testimonia asimismo una veta de ensayista que, inspirado, deja correr la pluma sobre el papel. Sensibilidad y escritura atractiva de agradable prosa para conseguir dar a luz los claroscuros de la discontinua historia valdiviana, con sus pasajes memorables de la etapa germinal, los personajes de mayor estatus, los infaustos episodios que la convirtieron en ruinas y abandono en 1599-1604, la desolación que hallaron allí los holandeses en 1643, la decisión de la Corona española de recuperar la ciudad repoblándola con gente de armas junto con la fortificación en 1645, el boato de los gobernadores militares, la pequeña plaza pública y el contento general de los pocos habitantes en las festividades intramuros de la ahora considerada antemural del Perú, o la Gibraltar del Pacífico. El padre Gabriel no se detiene allí. La lealtad al rey de valdivianos y chilotes en las guerras de la independencia y, luego, el fin de un ciclo para Valdivia en 1820. Lo que

sigue es medio siglo de apagamiento, una ciudad devenida y desaliñada que, sin embargo, comienza a recuperar su jerarquía urbana con la colonización alemana en 1850. Desde entonces la ciudad remueve sus cimientos y augura el futuro promisorio que le esperaba. Para entonces Valdivia ya era otra.

El padre Gabriel tiene la capacidad de sumergirse en la atmósfera valdiviana según épocas, captar los ritmos vitales, los cambios de actores y las sutilezas del diario vivir. Pero pasan los años y sigue pensando en Valdivia. Describe nuevas fuentes, planos, mapas, reflexiona sobre su primer libro, el ya mencionado *Historia de Valdivia, 1552-1952* (1953) y acomete la tarea de llenar vacíos, resolver incógnitas, reinterpretar el sentido de la trayectoria histórica y dar más consistencia a la obra. Así salió al público la *Nueva Historia de Valdivia* (2001).

No sería propio en este prólogo resumir el libro que usted tiene en sus manos, sino solo fijar la atención en algunos aspectos, porque el resto, el libro mismo, queda para solaz del lector. *Un río y una ciudad de plata* estudia cómo fue echando cuerpo la novel población en el siglo XVI, cuando primaba el particularismo urbano en la defensa, es decir, cuando los propios habitantes protegían la ciudad y sus términos en el inestable sur. Esta etapa fundacional de la urbe será profundizada y ampliada por el autor en su referida *Valdivia, una ciudad del siglo XVI* (1993). El sitio, la traza urbana, el emplazamiento, los vecinos y moradores, el oro de lavaderos y una población india tributaria testimonian la importancia que llegó a tener esta ciudad fluvial en el contexto del reino, que incluso fue considerada como la más aparente para hacer la capital en lugar de Santiago. El gran levantamiento mapuche-huilliche (1598-1604) frustró el plan y supuso, además, la pérdida de las «siete ciudades de arriba» y el retroceso de conquista hasta la línea del Biobío.

La ciudad de Valdivia, que también se llamó Santa María la Blanca y Dulce Nombre de María, contaba por entonces con los famosos lavaderos de oro de Madre de Dios, que el autor describe en este libro. Era ciudad rica y bien dotada. Albergaba siete iglesias según descripción de 1581, cuando estaba alcanzando su mejor momento antes que se iniciara el asedio de los naturales en 1599 como en todas las del sur, excepto

Castro, hasta donde no alcanzó la rebelión general, pero sí el corsario holandés Baltasar de Cordes que le prendió fuego en 1600.

Como dijimos, en 1645 Valdivia fue repoblada y artillada, pero dejó de ser ciudad en estricto sentido, adquiriendo la categoría de plaza fuerte y presidio que el padre Gabriel estudiará más tarde en *El Gobierno de Valdivia: 1645-1820* (1974). El recinto poblado fue amurallado en 1653 y el autor abunda en sus detalles. Más que ciudad, y estirando el concepto, tomó cierta fisonomía de burgo: por una parte el muro de piedra de 800 m de extensión y, por otra, el río. Entre 1645 y 1850 el reciente poblado se estrechó con calles irregulares y callejuelas que sin plan alguno se acomodaban a la topografía del terreno, y que el padre Gabriel incluiría más tarde en *Conjuntos urbano-histórico-arquitectónicos: Valdivia, siglos XVIII y XIX* (1980). Así la halló el agudo observador Vicente Pérez Rosales en la medianía del siglo decimonónico. Y se decepcionó por parecerle población precaria y decadente, la plaza rectangular pequeña y eriaza, mientras que a las puertas de las casas hechas a la rústica se veían grandes troncos para hacer leña. Poco antes había sufrido dos terremotos e incendios. También después.

En la medianía del siglo XIX llegaron colonos alemanes y al cabo de un tiempo relativamente breve la ciudad renacía remozada y con mayor vigor ante la vida. A fines de la misma centuria, Valdivia podía exhibir hermosas casas, jardines y parques de la cultura europea. Toda la ciudad sintió la benéfica influencia germana y las calles irregulares mejoraron de aspecto con una explosión de buen gusto. La presencia teutona dio inicio a los tiempos modernos con la actividad industrial, comercial y el trabajo sistemático. Los germanos alteraron también la imagen social de Valdivia y alrededores, porque las cabezas rubias terminaron por modificar el rostro del sur de Chile en usos y costumbres.

Y, por supuesto, la plaza fue arborizada y decorada con estatuas y quiosco en 1876, pero sin cambios significativos en la traza urbana. Hasta entonces más poblada, activa y con mejor alzado, difería ya de sus congéneres nacionales de trazado regular y simétrico del modelo tradicional. Valdivia no se parecía a Osorno, su vecina, que fuera repoblada en 1796 conservando su original traza. A esta ciudad llanera llegaron también los alemanes. Osorno mejoró su imagen y fundó su economía

agroganadera aprovechando las ventajas de los llanos. Ambas diferían entre sí y disputaban la primacía hacia el sur en torno a 1900.

El acontecer infausto, sin embargo, nunca ha dejado de presentarse en Valdivia. Un dantesco incendio estalló en 1909 y destruyó diecisiete manzanas. El padre Gabriel incluye en este libro una foto anterior al siniestro. En ella se pueden ver los buenos y modernos edificios a la vera del río y lo atractiva que había llegado a ser. El incendio fue el punto de partida para dar a las calles mayor rectitud según lo permitiera el terreno y es como luce el trazado urbano del casco histórico en la actualidad. Lo que ha cambiado también es su alzada, reconstituida después del terremoto-maremoto del 22 de mayo de 1960. Este último fue el más infausto de los hechos; incluso la ciudad perdió energía y no ha recuperado del todo su antiguo aliento hasta lo presente.

Los aciagos sucesos han puesto a prueba el temple de los valdivianos desde los tiempos de la conquista. ¿Qué se conserva de la primitiva ciudad del siglo XVI? ¡Nada! Lo poco que perduran son obras del XVII y XVIII: sus dos torreones construidos para opósito de los indios y que el padre Gabriel los considera semejantes a los de las costas de Andalucía. Los dos están en el casco urbano, el último de los cuales data del siglo XVIII en calle Picarte, que entonces llamaban calle del Barro. Estos torreones, únicos en Chile, testimonian los tiempos de Valdivia como enclave rodeada de peligros internos: los huilliches comarcanos, y son, desde luego, íconos de la ciudad y una nota diferente en el país.

Más allá de la defensa interna, que ya no era necesaria a fines del siglo XVIII, pues los naturales estaban de paz, la función de Valdivia como plaza fuerte era asegurar el reino de Chile y el Perú con sus castillos, que en su momento sumaban ochenta cañones para desbaratar cualquier intento de los enemigos de España que ingresaban al Pacífico vía estrecho de Magallanes y cabo de Hornos. Entre los fuertes y castillos destacaba la isla Mancera, que contaba, además, con conventos e iglesia.

Las fortificaciones constituyen una parte específica del libro porque representan precisamente el rango militar que le asignó la Corona como antemural, a consecuencia del fracasado intento holandés de 1643 y el papel estratégico que adquiere Valdivia desde entonces. El tema defensivo corre aparejado con las ventajas que ofrece allí la

geografía costera: una caprichosa naturaleza áspera, escarpada, desmembrada, de ríos como el Tornagaleones y el Canteras, y recovecos que hacen del oeste de la ciudad el más apropiado para ser artillado. Desde los albores de la conquista de América la Corona española instruía que las ciudades se fundasen al interior (aunque no siempre se cumplió) y que las costas del mar «se reservan para Nos», decían los reyes, para establecer allí la defensa, como se le encargó al virrey Mancera en 1645. El padre Gabriel ahondará más tarde en el tema defensivo al estudiar *El sistema defensivo del Pacífico en la época virreinal (1984)*, y *Flandes Indiano. Las fortificaciones del reino de Chile, 1541-1826 (1990)*, que incluye mapas y planos para hacer inteligible la geografía valdiviana al poniente de la ciudad.

De todos los sitios fortificados, tan importante era la isla Mancera que hubo intentos de trasladar a ella toda la ciudad. Obviamente, no están ausentes los datos histórico-arquitectónicos de Niebla, San Carlos, Amargos o Corral, que formaban parte de este vasto complejo fortificado, inexpugnable, hasta que en 1820 Thomas Cochrane desbarató el sistema defensivo poniendo fin a su larga historia de bastión español en el Pacífico sur. Concluyó también la fidelidad de los valdivianos al rey, excepto los chilotes que mantuvieron activos sus castillos, fuertes y baterías y se consideraban los «más fieles vasallos de Su Majestad», hasta 1826 en que cayeron ante el ejército de Ramón Freire.

Esto me permite decir que se aprecia en el padre Gabriel, en cuanto genealogista, inclinación a mencionar y retratar el lustre de las familias valdivianas de la época virreinal, a estudiar biografías de personas de estatus como ingenieros militares, gobernadores, escritores, escudos, heráldica del nobiliario hispano, miembros del clero, soldados realistas de las tropas de Valdivia y Chiloé en las campañas militares en defensa de los derechos reales entre 1813 y 1826, en este y otros libros y artículos.

La imagen de Valdivia acompaña siempre al padre Gabriel Guarda O.S.B. Supongo que es algo natural conociéndolo tan entregado a las cosas de su tierra. Hay ciudades, pueblos y simples lugares que los hombres sensibles llevan en el corazón como se palpa en la lectura de este libro.

Debo imaginar que el padre Gabriel regresa periódicamente a la ciudad que ya no es la misma de sus años mozos. La recorre, observa con

mirada de arquitecto lo nuevo de su alzada, busca la casona que un día fue punto de referencia, descubre una calle nueva, visita su hermosa catedral de airosa y aguda torre de aire gótico, encuentra viejos rostros en la plaza, quiere ver los linderos y aquilatar la expansión que ha tenido la ciudad, se deleita con la costanera y observa el río imperecedero que le da nombre a esta ciudad. Ese río siempre manso, majestuoso y de sereno fluir está allí incólume para que no se olvide que por más que haya cambiado la ciudad está visitando su Valdivia.

Me figuro su escritorio en el claustro benedictino de Las Condes. Veo estanterías colmadas de libros, ficheros a la antigua con material recopilado por años en repositorios chilenos y extranjeros por aquello que da la «emoción del archivo» que siente todo historiador: carpetas de apuntes, documentos, notas, listados de obras en consulta. Supongo un ambiente pulcro, ordenado, silencioso, propicio para pensar, comparar, interpretar, pero también para echar a volar la imaginación. El sosiego del claustro apartado del «mundanal ruido» le permite crear bajo la inspiración de San Benito y los primeros monjes, *ora et labora*. Estructura un esquema que luego repasa, modifica y perfecciona hasta ver que el entramado consigue la consistencia requerida. Entonces se aboca a llenarlo de contenido con la documentación a la vista y previamente ordenada como la bibliografía de consulta. Así lo supongo, porque sus obras son equilibradas, proporcionadas, como el arte arquitectónico. Su redacción es fluida, las palabras cuidadas, precisas en deleitosa prosa.

Arquitecto, historiador y sacerdote, tres dimensiones de un hombre excepcional que le han permitido alcanzar el prestigio cultural del intelecto y las más altas cumbres de la aristocracia intelectual –que así me parece en su tarea– y reconocido en el país con el Premio Nacional de Historia y otros tantos galardones. Su preferencia es regional pues acaricia los temas que atañen a Valdivia y Chiloé, aunque Chile y América le deben mucho en lo relativo al período Colonial y Republicano. *Los laicos en la cristianización de América* (1973) o *Raíces de la religiosidad popular en América Española* (1975) son ejemplos de ello. Examina la vida histórica nacional y americana desde su atalaya sureña, no obstante, su residencia en Santiago. Pone el acento en las cosas y la gente del meridión, como *La sociedad austral de Chile antes de la colonización*

alemana: 1645-1850 (1979), *Los Colmeneros de Andrade* (1995), o *Los encomenderos de Chiloé* (2002), los dos últimos estudios genealógicos de gran valor, o *La tradición de la madera* (1995), en fin, *Provincia de Osorno, arquitectura en madera* (1981), y de madera también *Iglesias de Chiloé* (1984), entre otros importantes trabajos relativos al sur del país.

Si su escritura es de agradable prosa, también lo es su hablar, amigo del buen decir, cadencioso, pausado. Está ausente en él toda presunción u ostentación de su bien acrisolado prestigio como historiador. Su personalidad es carismática, su figura estilizada, cuya estampa se ve realizada, además, por su hábito benedictino que le confiere un aspecto de respetable santo varón. He tenido la oportunidad de compartir con él en la Academia Chilena de la Historia y la fortuna de integrar con el padre Gabriel y otros especialistas en un *simposium* sobre misiones jesuitas en Chiloé colonial, realizado en Castro en el año 2010. En esa misma ocasión realizamos un *tour* a la isla Quinchao con el propósito de visitar iglesias. Estando en Achao ofició una misa para el grupo de historiadores, misa que quedó inscrita en nuestros corazones.

El libro que prologamos, ya lo dijimos, es de fácil lectura, hermosamente ilustrado y con explicaciones oportunas. Son puntos de referencia o hitos que en ocasiones van acompañados de precisas citas textuales de cronistas de la época. Abundan los datos de interés en lo urbanístico y obras de defensa como castillos, muros, cuyos materiales eran obtenidos de la isla Valenzuela, llamada después isla Teja, o del río Canteras, que proveía de la piedra cancagua para el castillo de Niebla. Este libro me ha sumergido en los distintos ambientes según épocas, colores, ritmos y aromas de una peculiar historia urbana contada por hitos marcadores de una existencia que no fue lineal y continua, sino rupturada e infausta.



Versión heráldica de la ciudad de Valdivia. El escudo de armas, concedido con otros privilegios por Carlos V en marzo de 1554, la representa con esquematismo típico y condecorada con bandera propia. Contra las reglas del blasón, el escudo no va timbrado con la Corona real de las ciudades españolas, sino con el yelmo reservado a los Señores; sobre él luce como divisa la clásica media sierpe alada, arma del linaje del fundador.

Introducción

Por una cédula dada en Valladolid el 18 de marzo de 1554, Carlos V concedió a Valdivia privilegio de armas y el título de Ciudad muy Noble y muy Leal. Al especificar las partes del correspondiente escudo, el regio documento precisaba que hubiese en él «un río y una ciudad de plata, que esté asentada sobre el mismo río, y encima de una torre de la misma ciudad, una bandera blanca con una cruz roja...».

La pieza heráldica –que de paso simbolizó cuanto de representativo reuniría la ciudad andando el tiempo, concediéndole además bandera propia– en la frase «un río y una ciudad de plata» pinta magistralmente al Valdivia del siglo XVI y de todos los tiempos, siendo así no solo la primera, sino la más poética de sus descripciones.

En las apretadas páginas que siguen se trata precisamente de describir la ciudad presentándola a quien desee conocerla, a través del doble camino de su geografía y de su historia.

Valdivia no es solo belleza de paisajes, geografía pura, sino además una rica historia. Para quien contemple lo primero ha de ser del mayor interés el conocimiento de lo segundo; así penetrará la riqueza escondida de aquello que mira y entenderá algo de las originalidades que distinguen la ciudad de sus demás congéneres chilenas.

Y puesto que de conocer se trata, contra lo común de las historias, recorreremos los lugares más señalados y allí, a la vista del escenario geográfico, trataremos de escuchar lo que nos cuenta la historia.

Primera Parte

La ciudad de Valdivia

El río

Las aguas que pasan frente a la ciudad parecen traer hasta sus mismos pies algo de belleza de sus fuentes de origen, aquellos cinco grandes lagos cordilleranos –engastados entre volcanes y vigorosa vegetación– que con sus complicados desniveles y comunicaciones fluviales dan origen al más vasto río navegable de Chile. Se llama este Valdivia desde la confluencia del Calle Calle con el Cau Cau, en el vértice norte de la ciudad y su belleza e importancia nunca pasó desapercibida para los moradores de los contornos, que de él recibieron su nombre.

Antes de la llegada de los españoles se llamaba *Ainil* y sus habitantes constituían el Ainilebu, la «parcialidad del río». Pedro de Valdivia, a los pocos meses de la fundación escribía al entonces príncipe don Felipe que era lo mejor «que jamás se ha visto» y pocos años después el cronista Mariño de Lobera apuntaba que «es en todo este río tan aventajado que se puede contar entre los mejores que en el mundo se sabe».

Su actual nombre débesele al almirante Pastene, que lo bautizó así al descubrirlo el 22 de septiembre de 1554. Al río debería más tarde su nombre la propia ciudad: su cabildo, refiriéndose a esto, como disculpando al gobernador, escribía al monarca: